

## CAPÍTULO XI

Á la mañana siguiente, hallábase Fouché leyendo los informes y comunicaciones que había encontrado en el despacho, cuando uno de los secretarios, el joven Villiers, entró sin llamar y anunció misteriosamente á su jefe :

— El agente núm. 7 solicita hablar al señor ministro para un asunto de la mayor importancia.

Fouché no se molestó en levantar siquiera la cabeza, y se limitó á decir sordamente, como quien no ve manera de evitar á un importuno :

— Hacedle entrar.

Apareció el anunciado. Era una especie de coloso con largos mechones de pelo negro que le caían desde las cejas hasta el mentón : el tipo del agente ejecutivo, porque para disfrazarse, para encargarle de una misión que requiriera astucia y disimulo, se oponían su constitución atlética y sus rasgos en demasía prominentes. Era un mocetón á propósito para forzar una puerta, aplastar á un rebelde; verdadero dogo de guarda, brutal y feroz. Fouché le contempló un momento, apreció lo recio de su musculatura, y le preguntó :

— ¿Qué ocurre, Soufflard?

Como Bonaparte, Fouché tenía memoria de los rostros y de los nombres que le permitía reconocer, en un momento dado, á todos sus subalternos.

— Ciudadano ministro, ocurre que Braconneau ha sido asesinado esta noche...

— ¿Dónde?

— En los baldíos de Vaugirard.

— ¿Cómo?

— Una bala en el pecho.

— ¿Por quién?

— No se sabe. Iba solo, en expedición particular, y no había dejado más que una orden : vigilar el 35 de la calle del Dragón, y á cuantos salieran de la casa...

— ¿Ha muerto?

— Todavía no, pero no hay esperanzas de que mejore. Aún no ha sido posible que recobre el conocimiento.

— ¿Á dónde le han llevado?

— Á la Piedad...

— ¿Hay alguno á su lado?

— Clemente.

— Bueno; que no le abandone, y que me avisen tan pronto como se halle en situación de explicarse, aunque sea por señas. Iré en seguida... ¿Quién le ha conducido á donde está?

— Unos hortelanos de Montrouge que le encontraron al volver hacia las huertas... Vinieron á buscarme, y corrí allá en seguida, acompañado de Clemente...

— ¿De manera que habéis abandonado vuestra vigilancia?

— Es verdad, ciudadano ministro...

— Hubiérais debido ir solo, y dejar á Clemente en la calle del Dragón... ¿Os ha dicho Braconneau de qué se trata?

— Sí, ciudadano ministro... Sospechaba que un cómplice de Jorge, el señor de Saint-Regeant, está escondido en aquella casa, en la habitación de una modista...

— ¿« Sospechaba » nada más?

— Para Braconneau, sospecha y certeza, era todo uno.

— Sí. Si llega á morir, perderé con él un agente utilísimo.

— Es probable que sea el señor de Saint-Regeant el que le haya matado... Cuando nos dejó Braconneau, fué, sin duda, para seguir á ese maldito realista...

— ¿No tenéis ningún otro detalle particular que comunicarme?

— Ninguno, ciudadano ministro.

— Bueno; no os volváis á ocupar de la casa de la calle del Dragón hasta nueva orden.

— Está bien, ciudadano ministro.

— Podéis retiraros.

Del anterior interrogatorio Fouché había sacado la convicción de que Braconneau, desconfiando de la perspicacia profesional de sus subordinados, no les había dado indicación alguna sobre el asunto. Evidentemente, se trataba de una conspiración realista, pero en ausencia de quien tenía el hilo conductor, ¿cómo orientarse en la obscuridad de esta intriga? Fouché pensó: Puesto que ese imbécil de Dubois está seguro de que son los jacobinos quienes se agitan, vamos á ver lo que hace su policía para suplir á la vigilancia de la mía. Si Saint-Regeant está escondido en el núm. 35 de la calle del Dragón, de seguro que ahora, desembarazado de Braconneau, tomará menos precauciones y se comprometerá seguramente. Cuando me convenga detenerle, lo podré hacer más fácilmente...

He ahí por donde, á consecuencia de las rivalidades existentes entre los dos policías, y de los prejuicios de Bonaparte sobre los manejos de los jacobinos, iban á suspen-

derse las pesquisas dirigidas contra Saint-Regeant, precisamente en el momento en que hubiera hecho falta redoblar la vigilancia. Fouché, tantas veces acusado de hacer traición á su amo, de haber conspirado con sus enemigos, no le había dejado expuesto jamás á un peligro tan grande como el que corrió durante los días 1 y 2 de Nivose. La empresa de Saint-Regeant y de Limoelan, que se presentaba harto difícil por la presencia de Braconneau y de sus agentes en la calle del Dragón, terminaba por ser en extremo sencilla, puesto que los dos cómplices, ayudados por Carbón, recobraban la libertad de movimientos.

Hacia media noche, Saint-Regeant entró nuevamente en París, y se encaminó cautelosamente á la calle del Dragón. Entró por la de la Huchette, y pegado al muro de la casa que formaba ángulo en la intersección de las dos calles, examinó los alrededores de la casa núm. 35, no tardando en descubrir el perfil hercúleo de Soufflard, sentado, sobre un guardacantón, cerca de una taberna. Entonces reflexionó unos momentos: ¿Entraré y esperaré en mi escondite el efecto de la desaparición de Neufmulin? ¿No sería mejor diferir mi regreso hasta el momento en que la noticia de la muerte del espía desorganice el servicio de vigilancia? Pero entonces, ¿dónde terminará la noche? ¿Eh? ¡Pardiez!, en *El león rojo*, donde no me buscará nadie. Y atravesando el Sena, llegó á la calle del Árbol Seco, se hizo reconocer por el posadero, y poco después era introducido en la sala donde solían celebrar sus reuniones los delegados realistas. Una vez allí, se arrellenó en una butaca, y poco después dormía como un bendito.

Tres horas más tarde del duelo con Saint-Regeant, unos hortelanos que iban camino de los setales cultivados en las antiguas canteras que por el lado de Montrouge se hallaban en comunicación con las catacumbas, de París,

encontraron á Braconneau de la manera que el gigantesco Soufflard había relatado á Fouché. Aquellas honradas gentes, asustadas á la vista de un cuerpo tendido en medio de un charco de sangre, habíanse apresurado á ir en busca de una camilla al primer puesto de policía, donde, registradas poco después las ropas del presunto muerto, fué reconocido por un agente gracias á los papeles encontrados. Inmediatamente, fué enviado un propio al ministerio para advertir al jefe de servicio y, por desgraciado azar, el recadista encontró en su camino á Clemente, uno de los dos subalternos de Braconneau, que acababa de abandonar el puesto. Clemente corrió á contar el caso á Soufflard, y ambos, arrastrados por el mismo generoso interés, se lanzaron camino de Vaugirard donde, ya cerca de la barrera, encontraron á su jefe, inanimado, pero vivo aún. El azar se manifestaba tan pronto en favor de un partido como de otro.

Si Saint-Regeant, en vez de abandonar á Braconneau por muerto sobre el terraplén de un hoyo, hubiera descargado fríamente el pistolete en la oreja de su enemigo, hubiese suprimido, tanto para él como para sus cómplices, todo peligro futuro. Pero Saint-Regeant era un soldado, incapaz de rematar á un herido, y le hubiera repugnado descargar el tiro de gracia á Braconneau : primera falta. No le había despojado de los papeles y documentos que pudiera llevar sobre sí, ganando tiempo de esta manera al dificultar las primeras investigaciones : segunda falta. Sin embargo, el abandono de la vigilancia de la casa de la señorita Grandeau, por Clemente y por Soufflard, compensaba todos estos errores, y la decisión tomada por Fouché de dejar tranquilo á Saint-Regeant, dando á éste la ilusión de no ser espiado ya, completaba una formidable ventaja en pró de los conjurados realistas.

Cuando á la mañana siguiente volvió Saint-Regeant á la

calle del Dragón, vió las aceras libres, los alrededores despejados, y ni un solo polizone en cuanto la vista desde allí alcanzaba; se juzgó dueño absoluto de hacer cuanto quisiera y, en efecto, lo era. Subió á casa de Virginia Grandeau, á quien encontró muy inquieta, y después de tranquilizarla, pero sin decir una sola palabra de cuanto le había ocurrido, almorzó con gran apetito y se metió en la cama para descansar de las fatigas. Por la noche, se dirigió al convento de las Damas Hospitalarias, y refirió á Limoelan su encuentro con Braconneau. Le confirmó su decisión, más inquebrantable que nunca, de realizar el intento al día siguiente, á cuyo efecto le esperaba de tres á cinco en la esquina del Instituto. Carbón debía ayudar á Limoelan á conducir el carricoche, y los tres se dirigirían luego á *El león rojo*, para recoger la máquina infernal escondida en la bodega.

— Hay allí un barril de cuyo contenido nada sospechan los parroquianos — añadió Saint-Regeant riendo — y que les quitaría el gusto de la cerveza si lo conocieran de súbito.

— Esperemos que quitará el pasapán á Bonaparte y á su séquito, — replicó Limoelan.

— He prevenido á Jorge de que el golpe está preparado para mañana. Recibirá el aviso precisamente á la hora en que habrá concluído todo, y tendrá tiempo de tomar las medidas oportunas para aprovechar la confusión extraordinaria que la muerte de Bonaparte causará en toda Francia, y del estupor que reinará en París. Nuestros amigos de Lión, de Valencia, de Marsella, de Burdeos, recibirán el aviso al mismo tiempo á fin de que proclamen al Rey, y se apoderen de todos los servicios públicos. La explosión de nuestra máquina infernal debe ser la señal de la contrarrevolución.

— Lo que yo deseo es que alrededor de Napoleón haya

la menor cantidad de víctimas posibles. Sé que algunos hombres de la escolta quedarán heridos, y que más de un ayuda de campo del Primer Cónsul, perecerá con él: es natural que en la guerra haya víctimas y que éstas sean los soldados. Pero lo que me turba la conciencia y me emociona profundamente, es el considerar que junto á esos, van á ser heridos ó muertos inofensivos paseantes, curiosos, papanatas que nunca faltan en el trayecto que ha de recorrer el cortejo, y que no los guía otro estímulo hacia ese sitio que el capricho de ver pasar al vencedor en las Pirámides, ó de saludar á Josefina y recibir una sonrisa de sus labios.

— Amigo mío, — le respondió Saint-Regeant, — yo podría acotar con excelentes autores para tranquilizarte, y argumentar sobre la suprema ley de la *salus populi*, á la que debe sacrificarse todo interés individual. Pero me voy á limitar á responderte esto nada más: el Terror ha hecho correr torrentes de sangre para derribar el trono y el altar: no ahorremos ahora unas cuantas gotas para restaurarlos. El resultado que perseguimos nos absolverá de los medios que nos veamos precisados á emplear para alcanzarle, y, por otra parte, como dicen las buenas gentes del pueblo, no se pueden hacer tortillas sin romper huevos.

— Y acaso entre los huevos estemos nosotros...

— Es muy posible. No daría dos céntimos por mi pellejo cuando haya estallado el barril de pólvora á que pienso dar fuego.

Se separaron. Saint-Regeant, libre ya de toda vigilancia, fuese á la deshilada hacia la calle del Dragón, y se acostó tranquilamente, pensando que el nuevo día traería para él la visita de la hermosa Emilia. Por muy bien que Saint-Regeant y Limoelan hubiesen tomado sus precauciones; por más que el secreto fuese absoluto puesto que únicamente ellos dos sabían lo que iba á intentarse, y el mismo

Carbón no había sido puesto al corriente, inquietantes rumores circulaban ya entre los personajes que rodeaban al Primer Cónsul. Caballero, el inventor de la máquina que Saint-Regeant había fabricado siguiendo su modelo, había sido preso, juzgado y condenado, sin embargo de lo cual, el rumor de un atentado circulaba, y hasta se decía que había de cometerse el 3 de Nivose, en la misma sala de la Ópera; otros, mejor enterados al parecer, afirmaban que el mismo edificio de la Ópera sería destruído. Josefina, muy inquieta, había rogado á Bonaparte que renunciara á salir ese día, y como precisamente el Primer Cónsul hallábase un tanto fatigado por el exceso de trabajo, accedió muy pronto á las instancias de su mujer, y desde por la mañana declaró que *La creación* podría pasarse muy bien sin él. Á mayor abundamiento, la música de Haydn le aburría sobremanera, porque toda obra que no ofreciese á su imaginación un desarrollo psicológico, envolviendo una peripecia trágica, le dejaba en absoluto indiferente. Convenido, por tanto, que aquella noche no saldría de las Tullerías, llamó á los generales Bessiere y Lannes, para discutir, con el primero, la cuestión referente á las remontas de caballería, y con el segundo, la constitución de los cuerpos de ejército, cuya formación quería modificar. Fouché, avisado para que fuese á las Tullerías, había sido muy mal recibido por el Primer Cónsul.

— ¿Todavía no han acabado de conspirar vuestros jacobinos? Se habla de que tienen preparada una trama. Han querido matarme por mano de Cerachi y de Arena... y vuelven á empezar.

— General, os aseguro que estáis mal informado. Los que causan toda esa inquietud son los cómplices de Jorge... Que se agitan es cierto... acaban de asesinarme á uno de mis mejores agentes que les seguía los pasos... Pero esta misma noche recobramos la pista y no volveremos á perderla...

— Os digo que quienes me amenazan son los terroristas. Vos los defendéis porque se trata de vuestros antiguos amigos y, acaso, porque los teméis...

Fouché sonrió ligeramente, y cerrando los ojos respondió con voz sorda :

— General, yo no tengo amigos entre los que comprometen la seguridad del Estado. Y mi único temor sería el de disgustaros...

Bonaparte aprobó estas palabras con un movimiento de cabeza, y despidió á su ministro. Mas no había contado con el capricho de su hermana Carolina y de Hortensia de Beauharnais, que, durante toda la tarde, no le habían dejado en paz plañéndose graciosamente de que hubiera decidido no asistir á la Ópera. Hortensia, excelente música, había puesto un poco de morro á su padrastro. Y éste, hombre bondadoso en el hogar, tirando de la oreja á la hermosa hija de su mujer, habíala dicho :

— ¿De manera que estáis enfadada por no poder oír ese grave oratorio? Os aseguro que el tal oratorio será muy aburrido...

— Y bien, general; podéis salir antes de que termine, y dejarme en el palco con mi madre y con madama Murat...

— ¡ Bueno, bueno; veremos! En definitiva, no decidiré antes de la noche...

— En fin; menos mal; no habéis dicho que no..

Á la misma hora, Saint-Regeant esperaba con impaciencia la llegada de madama Lerebourg. Había reflexionado gravemente durante la noche, y convencido de que marchaba hacia una muerte de la cual sólo un milagro podía salvarle, esperaba la hora de amor que Emilia le había prometido, con tanta mayor ilusión cuanto que tenía por seguro que sería la primera y la última. Así fué que cuando oyó el ligero ruido que hacía el tabique secreto al abrirse, el corazón del joven

pareció inflarse dentro del pecho y batió con una violencia que amenazaba ahogarle. Una sombra en el hueco del muro, un murmurio de sedas, un suave perfume, y al cerrarse la puerta los dos amantes se encontraron el uno en brazos del otro. Así permanecieron durante largo rato, sin hablar, saboreando la delicia de aquella toma de posesión en que la carne de ambos se entregaba palpitante. Después, bruscamente, Emilia dejó el sombrero sobre la mesa, se quitó los mitones, y rodeando con los brazos el cuello de Saint-Regeant, le arrastró hacia el foco de luz de la saetera para verle mejor, fijos los ojos en el rostro del joven, con una expresión de alegría y de angustia.

No permitió él que le expresara Emilia sus temores; le apretó los labios en un beso ardiente, y aprisionando con las manos temblorosas aquel busto que al ceñirse parecía ofrecer todos sus encantos, la condujo temblorosa y desfallecida...

Desagraviada Venus con el sacrificio ofrecido, ambos lamentaron haber retardado tanto aquel momento de embriaguez.

— ¡ Qué locura, amor mío — murmuró Saint-Regeant, — haberte resistido á mi amor tanto tiempo! ¿Pensabas negarte siempre, después de haberme confesado que me amabas?

— Hubiera debido hacerlo. Ahora, mis angustias van á ser centuplicadas. Ayer hubiera llorado por tí, pero hoy, ¡ perder un amante como tú!...

Él la estrechó de nuevo entre los brazos; durante un buen rato, las paredes de aquel estrecho recinto no oyeron más que un dulce murmurio de besos... y el tiempo transcurría rápido, sin que ninguno de los dos pareciera notarlo.

De súbito, Emilia exclamó :

— ¡ Dios mío, va siendo la hora de marcharme! ¡ Qué dolor! ¿Qué nos reservará el nuevo día?

— Soy tan feliz, que ha vuelto á nacer en mí la esperanza. Me salvaré, Emilia, de los peligros en que voy á verme envuelto, y volveremos á vernos. No querrá el cielo separarnos tan pronto...

— Pero, veamos; me parece que yo estaría un poco más tranquila si supiera algo de tus proyectos... ¿No me los puedes decir?

— ¡Nada!... ¡Es imposible! Únicamente te pido, en nombre del cielo, que no salgas hoy de casa desde que anochezca...

— Ahora anochece á las cinco... no tardará en pardear... ¿Habrá tumulto en París? ¿Va á haber tiros?

— No me preguntes. Enciértrate en casa, y no salgas á la calle oigas lo que oigas...

— ¿No te puedo yo servir de algo? Si vas á verte en algún peligro, y pudiera yo ayudarte á evitarle...

— ¡Ni pensarlo!

— En fin, acuérdate de que hay en nuestra casa, encima del piso donde vivimos, una habitación desocupada donde podrías esconderte con toda seguridad, durante un día por lo menos...

— ¡Nunca! Eso sería comprometerte...

— Mas si fuese necesario, á pesar de todo... Si, cogido en una emboscada...

— Se sale de ella vivo ó muerto.

— ¡Oh!, no pronuncies esas palabras: me desesperas. ¿Qué culpa he cometido yo para que me hagas sufrir tales angustias?

— Tú no has hecho, alma mía, ni más ni menos que cuantos de los nuestros han sucumbido desde hace diez años víctimas de la lucha entre partidos. En este país tan hermoso, tan dulce, unos cuantos miserables han sembrado la envidia, la discordia y el odio, y han recogido cosechas sangrientas ó

envenenadas. Desde la Revolución, media Francia destroza á la otra mitad, que se defiende con furor, pero que sucumbe ¡ay! Se la ha despojado de sus bienes, de sus títulos, de su fe, de su rey; y rota, herida, agonizante, se alza todavía de sus cenizas para intentar el castigo de los vencedores, y, sobre todo, de aquel cuya execrada persona encarna la facción triunfante. Nosotros, cuantos pertenecemos á la clase desposeída, diezmada, ultrajada, seremos víctimas si nos resignamos á nuestra degradación y á nuestro aplastamiento, pero si nos rebelamos, si combatimos una vez más, y morimos en la demanda, seremos mártires. Las causas perdidas, únicamente por la energía y por el sacrificio de los mártires suelen triunfar. No te extrañe, pues, si yo arriesgo mi vida; no llores si la sacrifico, pero conserva del hombre á quien has amado un recuerdo enternecido y fiel, y haga lo que haga, cualquiera que sea la acusación que se lance contra mí, sea cual fuere el crimen de que me hagan responsable, respeta, á pesar de todo, mi memoria, porque puedes tener la seguridad de que no habré hecho cosa alguna que por defender nuestro Dios y nuestro Rey no sea.

Á estas palabras, en las que pareció adivinar el supremo ruego de Saint-Regeant, y como su testamento de hombre próximo á morir, Emilia rompió en gemidos y un raudal de lágrimas cubrió sus mejillas. No podía resignarse á una separación eterna de aquel amado tan hermoso, tan valiente. Estrechándole contra los brazos, le palpaba el cuerpo con manos inquietas como queriendo adivinar el sitio donde recibiría el golpe mortal. Él trató de tranquilizarla con gran dulzura, la sentó sobre las rodillas, como á un niño, y la besuqueó cariñosamente. Y cuando logró que reapareciera la sonrisa en sus labios, añadió:

— Mas, por favor, amada mía, no pronuncies todavía mi oración fúnebre. Pienso salir indemne del peligro, sobre todo

ahora que tantas razones tengo para amar la vida. En primer lugar, quiero regocijarme á mi gusto del efecto que mis hechos van á producir en el mundo; y, además, tengo á mi lado una hermosa señora á quien todavía no he dicho cuanto deseo: un considerable número de cosas, á cual más interesantes, que confiarle á solas; varias horas en perspectiva, felices para ella y para mí. Y no seré tan tonto como para privarme voluntariamente de nuestra amorosa comunidad.

— ¡Oh, sí; así es necesario que me hables! Tranquílzame; déjame esperar que mañana volveré á encontrarte, como te poseo ahora.

— Sin duda alguna. ¿Quieres venir mañana aquí, á la misma hora?

Los ojos de Emilia relampaguearon de alegría. En su pecho renació la confianza, y una voz secreta se alzaba de su corazón diciéndola que Saint-Regeant no moriría y que de nuevo podría verle. Colocó las dos manos sobre los hombros del realista, y mirándole al fondo de los ojos, añadió:

— ¡Oh, amado mío! Te pertenezco por completo. Y no pienses en ti, sino en mí y en que si tú mueres, no podré resistir mucho tiempo sin ir á reunirme contigo.

— ¡Loquilla! Dame un beso, y vete.

Diéronse el abrazo de despedida, y Saint-Regeant, abriendo el cuadro del armario, le facilitó la salida: eran las cuatro y media de la tarde. Esperó unos momentos, y cuando estuvo seguro de que Emilia se había alejado, tomó las ropas de obrero y se transformó completamente. Ocultó la parte inferior del rostro con una barba roja, se tocó con un gorro de piel de conejo, metió los pistoletes bajo el chaleco, y adoptando las precauciones habituales cruzó por la cocina de Virginia Grandeau, y poco después se encontró en la calle caminando hacia el lugar de la cita señalado á Limoelan y Carbón. La

noche era obscurísima. Saint-Regeant siguió por el muelle, atravesó el Sena por el Puente Nuevo, cercioróse de que no era seguido, y llegó tranquilamente á *El león rojo*, donde ya sus amigos le esperaban. El carro, enganchado á un matalón blanco, hallábase estacionado ante la puerta de la posada. Dentro del carro, estaba echado Carbón, con la cabeza apoyada en un fardo de sacos vacíos, y Limoelan fumaba tranquilamente una pipa sentado sobre el cordón de la acera. Uno y otro estaban irreconocibles por completo. Saint-Regeant, con voz enronquecida, se dirigió á su compañero:

— ¡Qué! Francisco, ¿aún no está cargado el vino? ¿Qué es lo que haces ahí plantado? Supongo que no esperarás á que se suba ello solo al carro. ¡Vamos, vivo! ¡Nos están esperando!

Limoelan se puso de pie, dió un manotazo sobre la pierna de Carbón, y le gritó:

— ¡Eh, dormilón! ten cuidado del carro. ¡Voy á la bodega á buscar los barriles!

Á estas palabras, un hombre se separó del muro de la acera de en frente, y vino á rondar en derredor del carricoche. Saint-Regeant reconoció la gigantesca figura de Soufflard y le dirigió la palabra audazmente:

— ¡Creo que va á llover! Se me va á mojar el vino, y luego me va á decir el amo que le he echado agua.

Y soltó una carcajada mirando al mismo tiempo al agente de policía, que se limitó á mover la cabeza como diciendo: «¿Qué me cuenta usted á mí?» Después siguió á Limoelan y le dijo:

— La policía nos sigue los pasos. Al primer movimiento que haga ese bandido para mezclarse en nuestros asuntos, le hago abocinar de un tiro. Ahora que, después, será necesario poner pies en polvorosa...

— Déjame á mí. Vale más intentar darle el cambiazo.

Si no hay otro remedio, se le quita de delante, pero entonces hay que hacerlo dentro de la posada, de manera que no formemos escándalo. No es cosa de renunciar al golpe después de estar tan bien preparado.

Habían llegado á la bodega donde, entre varios de vino y de aguardiente, hallábase alineado el barril que contenía la pólvora. Saint-Regeant, á quien el dueño había confiado la llave, abrió la puerta é iluminó intrépidamente un trozo del subsuelo. Examinó los barriles, reconoció el que contenía la pólvora y le puso cerca de la escalera. Después, cogió otro barril de vino y le sacó igualmente hacia los escalones.

— ¿Qué haces? — preguntó Limoelan.

— Ya lo verás. Vamos á subir el barril de vino.

Con gran trabajo consiguieron subir el tonel hasta lo alto de la escalera, hicieron luego la misma operación con el de pólvora, y poco después los llevaron rodando hasta la calle.

— ¡Ya está aquí el vino! — exclamó Saint-Regeant con la misma voz enronquecida. — ¡Si le hiciéramos un saludo!

Al decir esto miraba á Carbón, que respondió:

— No es de despreciar el ofrecimiento. Voy á pedir un vaso al posadero.

— No hagas tal cosa, no te vaya á armar un escándalo. No; daremos un espiche y beberemos á chorro.

— Entonces, ¡hala! Vamos á subir los barriles al carro.

Y echó mano al barril de pólvora con Limoelan. Carbón se volvió hacia Soufflard, que le miraba muy curioso, y le dijo:

— Echadme una mano, camarada.

El hércules tomó el barril en brazos, y levantándole en vilo le puso en la rabera del carro detrás del barril de pólvora.

— ¡Ya está! — exclamó soltando el trapo á reir.

— Gracias, amigo; vais á beber un traguillo con nosotros.

Levantó con la navaja una astilla de la pieza maestra

del barril, dió un espiche, y deteniendo la salida del líquido con el dedo exclamó:

— ¡Vos el primero, ciudadano!

Soufflard se inclinó, recibió el chorrillo de vino en plena boca, y tranquilizado ya sobre el contenido del tonel, no pensó más que en satisfacer su glotonería. Bebió un gran trago, y dejó la plaza á Carbón y á Limoelan. Saint-Regeant, en vez de beber, entró en la posada para coger el cañón del fusil con el que debía provocar la explosión de la pólvora. El tubo de hierro, y el mecanismo á él adosado, desaparecieron en el pantalón, y, después de cambiar con el posadero, que le estrechó las manos lleno de angustia, algunas palabras de recomendación para la seguridad de sus cómplices, salió. Carbón y Limoelan charlaban amistosamente con Soufflard, y al verlos, Saint-Regeant no pudo menos de hacerse la siguiente reflexión. «Si hubiera estado Neufmulin en el lugar de ese gigantesco imbécil, ya estábamos presos los tres. Afortunadamente, Neufmulin pasó á mejor vida.»

Tocó á Limoelan en el hombro, y añadió en voz alta:

— ¡Qué! ¿Está tapado el espiche! Bueno. Entonces, en marcha para la Bastilla.

— ¡Ah! ¿vais hacia la Bastilla? — preguntó curioso Soufflard.

— Á casa de un vendedor de muebles á quien, como habéis podido ver, le gusta el blanco. ¡Vamos! Adiós, camarada. ¡Arre! ¡já!

Dió un fustazo sobre el esqueleto del rocín, y el carro, sobre el cual había montado Carbón, comenzó á rodar en dirección á la Bastilla, escoltado por Saint-Regeant y Limoelan, mientras Soufflard les siguió un momento con mirada distraída, volviendo luego á su ronda de vigilancia delante de *El león rojo*. Al final de la calle del Árbol Seco, el carruaje torció á la izquierda, en lugar de á la derecha, y se dirigió

hacia el Palacio Real. Pero como la noche estaba muy obscura, la escasa luz de los faroles no permitió ver esta evolución al agente de policía.

Á la misma hora, el Primer Cónsul, después de un rato de trabajo con Cambaceres, recibía la visita de Visconti el arquitecto. La terminación de las Tullerías era una de las preocupaciones de Napoleón, á cuyas tendencias de orden y de regularidad contrariaba grandemente el amasijo de casas que se elevaba en las calles de Roán y de la Escala. Quería una gran calle que pasando por los conventos de los Capuchinos y de las Bernardas, hiciera desaparecer todo el barrio próximo de la Cité, atravesara el Marais, cribado de callejuelas obscuras y malsanas, y se prolongara hasta la Bastilla. Después, nuevamente tuvo que atender á Josefina y á Hortensia que, antes de la hora de cenar, querían informarse de las últimas decisiones del jefe. Las recibió de muy buen humor :

— ¿Y qué? ¿Todavía con la dichosa representación? Es necesario hacer lo que queréis ¿no? Ya voy viendo que las mujeres son más difíciles de gobernar que los hombres. Dad las órdenes para que preparen los carruajes de gala. Vosotras iréis juntas; yo llevaré en mi coche á Lannes y á Bessieres á quienes había citado para esta noche. ¡Se van á divertir, sobre todo, Lannes, que me parece más á propósito para distinguir el estampido de una pieza de doce del de una de ocho, que el sonido de una flauta del de un bajo ! En cuanto á Bessieres, es un gascón algo melómano. Y además, es de origen noble, mientras que Lannes... ¡ Lannes es un héroe !

— Nos vestimos de recepción, naturalmente — consultó Josefina.

— De cualquier manera estarás guapa.

Por tal modo, las afectuosas instancias de la misma familia de Bonaparte concurrían al más seguro éxito del

atentado que los realistas tenían dispuesto. En el momento en que tal resolución adoptó el Primer Cónsul, llegaba á la calle de San Nicasio el carro de Saint-Regeant, conducido por Carbón y Limoelan. Una vez allí, y examinado cuidadosamente el terreno, el buen resultado se consideró seguro. El camino que desde las Tullerías conducía á la Ópera, pasaba, saliendo de la Plaza del Carrousel, por las calles de San Nicolás, Chartres y de la Ley.

En el ángulo de la calle de Chartres, había un entrante que parecía dispuesto á propósito para ocultar el carro. En aquel sitio, Saint Regeant esperaba á que Limoelan, colocado al final de la calle de San Nicasio, por la acera del Carrousel, le avisara con tiempo suficiente para preparar la máquina y hacerla estallar en el momento preciso en que la carroza del Primer Cónsul desembocara en la calle de Chartres. Á tan corta distancia, era imposible que el carruaje, los caballos y la escolta dejaran de ser pulverizados. El mismo Saint-Regeant estaba convencido de que no le quedaba más remedio que sacrificar su vida, pues la única probabilidad que de salvarse vivo existía, era tan débil que no merecía tomarse en cuenta. Á unos diez pasos de la trasera del carro, hallábase la tienda de un hojalatero, instalada á nivel inferior de la calle, y Saint-Regeant había calculado que si lograba dar un salto y penetrar por la puerta en el momento de la explosión, acaso pudiera escapar milagrosamente á la muerte. Esta esperanza suprema habíala calculado no por debilidad, sino por amor, porque al pensar en sobrevivir, su pensamiento hallábase completamente ocupado por la imagen de Emilia.

En breves palabras puso á Limoelan al corriente del plan de ejecución. Iban á dar las siete y ya las calles estaban casi desiertas; los burgueses de París, encerrados en casa, pasaban la frialdad de esta obscura noche de diciembre al amor

de la lumbre esperando la hora de la cena. Colocado Limoelan á la entrada de la calle de San Nicasio; de centinela Carbón á la salida del Carrousel, Saint-Regeant situó el carro en la esquina de la calle de Chartres, y cubriendo la blancura del caballo con uno de los varios sacos que iban en el carruaje, emplazó el cañón del fusil en el sitio apropiado del tonel de pólvora, de manera que no tuviese más que apoyar el dedo en el gatillo para provocar la explosión. Con admirable presencia de ánimo sentóse en un guardarruedas y esperó mecido el por ritmo de una voz infantil que dentro de la tienda del hojalatero cantaba.

Al dar las ocho y cuarto, se oyó el trotar de unos caballos, y poco después, un pelotón de caballería pasó por la calle de San Nicasio en dirección á las Tullerías : era la escolta. Al ruido, algunos curiosos asomaron la jeta en las calles, y la jovencita cantadora, que era la hija del hojalatero, salió también de la tienda paterna y vino á colocarse cerca del carro, mirando con sus curiosos ojos infantiles al caballo blanco, hasta que una voz llamándola desde el interior la hizo volver á casa. Transcurrió un cuarto de hora, durante el cual varios transeuntes se habían estacionado junto á Saint-Regeant. Uno de ellos le preguntó :

— ¿Va á pasar el Primer Cónsul? ¿No es la escolta la que ha cruzado hace un momento? *El Publicista* anunciaba esta mañana que iría á la Ópera...

— No sé — respondió Saint-Regeant, que hubiera dado cualquier cosa porque no hubiera ni una persona en la calle.

— Desde aquí se le verá pasar bien.

— Mejor se le verá á la salida del Carrousel.

— Tiene razón el ciudadano. Vamos al Carrousel.

Saint-Regeant sintióse aliviado de un gran peso, pero no pudo tranquilizarse por completo, puesto que aún se quedaron algunos curiosos, y la chiquilla del hojalatero, que

había salido nuevamente del taller y á la sazón acariciaba suavemente las narices del caballo blanco.

— Vete de ahí, pequeña — le dijo Saint-Regeant, — y no te arrimes al caballo, que muerde.

— ¡Bah! ¡conque acaba de lamerme la mano! — respondió la muchacha riendo.

— Bueno; pues de todas maneras, quítate de ahí. Ese no es tu sitio.

— ¿Y el vuestro? — replicó con sorna la hojalatero.

En el mismo instante, se oyó el ruido de un carruaje, y vió á Limoelan agitar los brazos, según habían convenido, anunciando la salida del cortejo.

— ¡Quieres irte! — gritó Saint-Regeant con furor á la chiquilla.

Y como, asustada por aquel tono de amenaza, la jovencita no se moviese, corrió hacia ella intentando quitarla de delante del caballo. La niña echó á correr llamando: « ¡Mamá! » al mismo tiempo que los granaderos de la guardia consular que precedían á la carroza llegaban á la calle de Chartres.

— ¡Te empeñas en morir — dijo sordamente Saint-Regeant — pues muere!

La carroza pasaba al galope de los caballos; Saint-Regeant apoyó un dedo en el gatillo del fusil y de un formidable salto se lanzó á la bodega. Una detonación horrisona hizo temblar todo el barrio, y entre la llamarada y el humo de la explosión, una veintena de curiosos cayeron, muertos ó heridos, lanzando gritos de pavor. Dos guardias de la escolta rodaron bajo sus caballos al lado de la carroza. El drama se había terminado en un segundo, y mientras del carro, del caballo blanco, de los barriles y de la chiquilla no quedaban más que restos informes, la carroza del Primer Cónsul, intacta, rodaba siguiendo la calle de Chartres. El rostro enérgico del general Lannes apareció á una de las portezue-

las, y su mirada brillante juzgó la situación de un vistazo: « Al galope », ordenó al cochero con voz de trueno. El auriga fustigó á los caballos, se rehizo la escolta, y la comitiva desapareció. Dentro del carruaje, Bonaparte, con aquella calma que fué su mejor galardón en Marengo, preguntó:

— ¿Qué ocurre, Lannes?

— General, acaban de disparar un cañonazo contra vuestra carroza.

— ¡Imposible! Hubiera oído silbar la metralla.

— De todas maneras, no me cabe duda de que acaban de intentar mataros.

Bonaparte no sintió la menor emoción, y únicamente añadió:

— Hágame el favor de mirar si le ha ocurrido algo á mi mujer.

Bessieres sacó la cabeza por la otra portezuela, y dijo con su acento gascón:

— El carruaje de madama Bonaparte nos sigue tranquilamente. Eso demuestra que no le ha ocurrido nada.

— Entonces, continuemos hasta la Ópera. Allí nos encontraremos.

Anonadado por la sacudida, Saint-Regeant permaneció largo rato desvanecido al pie de los escalones de la tienda del hojalatero. Cuando recobró el conocimiento, se enderezó lentamente y se sentó, angustiado por el dolor atroz que en un brazo sentía. Con los ojos enrojecidos é inflamados por la explosión, examinó el brazo, y vió arrancada la manga del gabán, desgarrada la camisa y una quemadura horrible que dejaba el hueso al descubierto. Hizo una ligadura con el pañuelo por encima del codo, para detener la sangre que brotaba en abundancia, y miró en torno suyo. Las ventanas del taller habían desaparecido; los muebles estaban hechos astillas y el hojalatero, con la cabeza separada del tronco, yacía en

medio de un charco de sangre entre cacerolas desmenuzadas. Su mujer, sentada en una silla, parecía dormir tranquilamente, pero su sueño era el de quien no ha de despertar jamás. Espantado, Saint-Regeant se levantó, y con pie tembloroso subió los escalones que, sin duda, le habían preservado de la muerte amparándole contra la conmoción. Vió, con horror, que algunos desgraciados se retorcían sobre el pavimento de la calle, pidiendo auxilio con gritos de dolor, y que la policía y los soldados de la guardia de las Tullerías prestaban cuidados á las víctimas. Pensó que dentro de muy pocos instantes, iban á comenzar las investigaciones, el examen y los interrogatorios en el lugar del atentado, y no queriendo ser hallado por la policía, hizo un supremo esfuerzo, y sosteniendo el brazo derecho con la mano izquierda se lanzó por la calles de San Nicasio, ganó, casi á la carrera, la de San Honorato, y creyéndose un poco más en seguridad, se detuvo en el hueco de una puerta cochera para reflexionar un instante.

¿Qué haría? Es decir ¿qué podía hacer? Gravemente herido, desangrándose sin cesar, ¿tendría fuerzas suficientes para llegar hasta la calle del Dragón y refugiarse en casa de la excelente y fidelísima Virginia Grandeau? Comprendía demasiado que antes de llegar caería rendido en el camino. ¿Para morir? No. Su herida no era mortal. Caería para ser recogido por unos transeuntes cualesquiera, que le conducirían al puesto de policía más próximo, donde no tardaría en ser reconocido y acusado del crimen que acababa de cometer. ¿Encontrar un tilburi que le llevara hasta la calle del Dragón ó hasta el muelle de los Agustinos nada más? Sí, pero, ¿qué explicaciones dar al cochero, que intentaría informarse de la gravedad de la herida, por compasión primero, por curiosidad después, y que al día siguiente no dejaría de charlar del caso, poniendo á la policía sobre su

rastro? No; no había que pensar en semejante manera de salvarse. Quedaba un refugio : ir á casa de Lerebourg. Allí tampoco estaría exento de peligros, pero ¡ cuántas dificultades quedaban suprimidas ! Un trayecto corto, — apenas se separaban cien pasos de la puerta de *El gorro azul* — admisión segura gracias á la amistad del marido, seguridad absoluta garantida por el amor de la mujer... y asilo para unos cuantos días, mientras pasaban las primeras horas de borrasca, en espera de una ocasión propicia para escapar á Bretaña donde podía considerarse en salvo. En medio de estos pensamientos, una preocupación acabó por imponerse á su espíritu : ¿cuál había sido el resultado de la empresa? ¿Había perecido el Primer Cónsul en el volcán de fuego estallado á su paso? Saint-Regeant no había tenido tiempo de ver el efecto de la explosión, y únicamente recordaba haber visto algunos soldados yacentes entre cadáveres de caballos, pero ningún resto de carruaje. Y en la obscuridad de la puerta cochera, mientras oía el eco de las llamadas que de varios puntos á la vez surgían, vió nuevamente como en una pesadilla el espectáculo de aquella plaza cubierta de cadáveres, de heridos que se debatían en la humareda acre de la pólvora. « ¿He triunfado? ¿Le he matado? » he aquí la terrible pregunta que se alzaba ante sí. Dos transeuntes que se alejaban por la acera del lado de San Roque, volviendo la espalda al sitio del atentado, le dieron la respuesta :

— ¡ Se ha salvado por milagro ! — decía uno.

— Yo le he visto llegar á la Ópera... La carroza está acribillada... Bessieres tenía sangre en el uniforme... Vámonos de aquí... Es peligroso estar en la calle. Detienen á todo el mundo...

En la obscuridad de su pensamiento, Saint-Regeant retuvo estas palabras : « detienen á todo el mundo ». No

quedaba otro remedio que ponerse á salvo, y decidió continuar hacia *El gorro azul*. Eran cerca de las nueve cuando llamó á la puerta, y como la portera le preguntase : « ¿ Á dónde vais? », « Á casa del ciudadano Lerebourg », respondió.

Á pesar de la obscuridad, la conserja le reconoció :

— ¡ Ah, es el ciudadano Leclerc !... Entrad... El amo acaba de salir á enterarse de las noticias... Pero la ciudadana Lerebourg está en casa... ¿ Sabéis lo que acaba de ocurrir? »

— Sí; han querido matar al Primer Cónsul.

— ¡ Ah, bandidos ! ¡ Esos son los terroristas ! Es necesario exterminarlos...

Saint-Regeant subió por la escalera que conducía á las habitaciones particulares del comerciante y llamó á la puerta. Abrióse ésta en seguida, y en la semiobscuridad del recibidor distinguió el perfil de Emilia que, dando un profundo suspiro, levantó los brazos al cielo como en acción de gracias. Luego le cogió suavemente y le llevó hasta una silla en la que se dejó caer desfallecido. Emilia cerró la puerta, volvió al herido, le estrechó entre sus brazos, y exclamó con volubilidad :

— Estoy sola. He enviado á mi marido en busca de noticias para alejarle, porque tenía la secreta esperanza de que vendrías... ¡ Dios mío ! ¡ Esto es horrible ! ¡ Estás cubierto de sangre ! ¿ Qué has hecho, desgraciado?... Ese ruido, ese tumulto, esos gritos... ¿ Has sido tú la causa?... ¿ Y has estado á punto de sucumbir tú mismo?... ¡ No te quedes aquí ! Sube conmigo al segundo piso... no hay nadie. El mozo de almacén está con permiso hasta mañana á la mañana... ¡ No me mires así... que parece que te vas á morir !...

Saint-Regeant estaba á punto de desvanecerse, cuando Emilia logró reanimarle á fuerza de cuidados y de caricias. Después, sosteniéndole con todas sus fuerzas :

— Lo primero, vamos á subir á tu habitación... aquí no

vendrán á buscarte... Tienes toda la noche para descansar... mañana hablaremos. ¡ Oh, amor mío; qué alegría verte salvado de tan grandes peligros! ¡ Ven pronto! Mi marido no tardará en volver... Es necesario que te encuentre ya acostado...

Y le guió dulcemente, prudentemente, pasito á pasito, sin ruido, hacia la bohardilla donde iba á estar en seguridad.

## CAPÍTULO XII

Cuando el Primer Cónsul llegó á la Ópera, no se dignó siquiera lanzar una mirada á su carruaje, y atravesando el vestíbulo seguido de Lannes y de Bessieres, subió al proscenio, sin encontrar á nadie en los pasillos porque ya la ejecución del « oratorio » había comenzado. Garat y madama Barbier-Valbonne, que cantaban la parte de los protagonistas, estaban en escena. Bonaparte se detuvo en el salón del antepalco, y mirando á los dos generales pronunció las primeras palabras de comentario sobre el suceso :

— ¡ Esos bergantes han querido hacerme volar!

Y con sangre fría magnífica añadió volviéndose á Bessieres :

— ¿ Me hacéis el favor de traerme un programa del « oratorio » ?

En aquel momento, Josefina, pálida, con el vestido salpicado de sangre, entró en el proscenio seguida de Hortensia, tigramente herida en el rostro por un trozo de vidrio, y por Carolina Murat, indemne; y lanzándose hacia su marido le puso las manos en los hombros gritando :